EGAN

2

1948

Suplemento de Literatura del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País

SUMARIO

Poesías sueltas, por *José Miguel de Azaola.*

Iesu aurra-ren bizitza (jarraipena), por *Manuel Lekuona.*

El pez que hubiera querido ser niño (cuento), por *Mariano Ciriquiain-Gaiztarro.*

Su-ondoan: Alarabie, jigantia eta gizon jatallian ipuñe.—Euliski jigantie.

Veinte años de poesía, por *Gabriel Celaya.*

Número 2. Abril-Mayo-Junio, 1948

JOSÉ MIGUEL DE AZAOLA

Todavía quedan jóvenes; José Miguel de Azaola lo es por los cuatro costados: cabeza con claridad de amanecer, acometividad de lancero, inquietud de escolar y serenidad de gladiador. El porvenir es suyo. Nacido en Bilbao, tiene en Don Miguel su maestro. ¡Que la perpetua inquietud del maestro, le alivie en sus propias inquietudes!

POESIAS SUELTAS

1

A don Miguel de Unamuno, bajo la tierra

(Dedicado a mi cordial amigo y gran lector, comentador y traductor de don Miguel, Robert Ricard).

Soñador eusqueldún, flor del orvallo
de la blanda hondonada vergaresa,
guijarro de los riscos arratianos,
ido a sorber clarores a la diáfana,
ancha Castilla...

Caminador de España, en busca ansiosa
de la tumba que abriga al Señor nuestro
don Quijote, cuya alma se hizo tuya;
romero de San Nó, adalid de toda
causa perdida...

Don Miguel, de chacotas y de insultos
siempre blanco, que a tirios y troyanos
diste igual trato: aquella fe en ti mismo
fué para el mundo el yelmo de Mambrino
que tú llevabas...

Terco viejo sublime, encastillado
en tu afán arrogante de ser siempre
el que eras: con tu barba y tu chaleco,
y haciendo tus eternas pajaritas
de papel blanco...

Don Miguel, don Miguel, tú que querías
dejar por tus testigos las ciudades:
tú que soñabas con legar al mundo,
en torres sobre fuego de crepúsculo,
fé de ti mismo...

Tú que bulliste en inquietud humana,
profeta audaz de un angustioso credo
(escuchado con miedo vengativo,
más premiado con odio que con pasmo)
de carne y hueso...

¿Cómo es posible, don Miguel rebelde
—enemigo jurado de esa muerte
sin quien no se concibe al heredero—,
que te hayas muerto: igual que Augusto Pérez:
ni más ni menos?

De Augustos es morir: morir de empacho
sin nunca sentir hambre de infinito
ni sed de océanos: morir de hartazgo
de cuotidianeidad bebida a morro
entre dos siestas...

Pero tú, don Miguel, que a cada día
destripabas por verle su secreto,
como un niño a un reló: tú que habitaste
en la ermita escarpada de tu espíritu
siempre señero...

Tú, don Miguel, que sabes cómo se arde
en el alma sin fe de Manuel Bueno
y en el cuerpo doncel de tía Tula;
tú, hermano de Abel Sánchez: tú no puedes
haberte muerto...

Tú vives, porque así tú lo quisiste
y lo gritaste al mundo. Puesto a ello,
eras muy fuerte para no lograrlo:
creador de almas: dueño de la vida
de tus hermanos...

Y vives, no en la fama ni en los libros;
vives en tus seis pies de tierra parda
(¡tuyos por siempre!), haciendo pajaritas
con tu sudario.
¡Y la sed de océanos
quema tus huesos!

2

Verano

¡Qué contento se ha puesto, sabiéndose forzudo
el sol! ¡y de qué pícara manera se divierte!
Cosquillea a la Tierra —que suelta carcajadas
de colores— y exprime como a un limón al hombre.

El vulgo sudoroso lleva a campos y playas
olor a muchedumbre, mondaduras, papeles
grasientos... En el pórtico de la iglesia del pueblo,
¡qué bien se escucha el ángelus mientras demos se cuece!

Se pone el sol, y al cielo regala los colores
que arrancó de la tierra durante el día... Suena
la música: ¡la aldea toma el fresco bailando!

...Noche de plenilunio (cuchicheo de estrellas
y de cigarras)... Noche de interminables besos...
de atrevidas caricias... de dulce resistencia...

3

Vizcaya
A A. de G.

Cerros blandos cual pechos femeninos,
envueltos de la lluvia en el encaje,
que amamantan pacientes, bajo un traje
de niebla, a los hondones pueblerinos;

mar hirsuto, poblado de caminos
y sagas; ferronero martillaje;
minerales la lengua y el linaje
que lidió, por no hablar, con los latinos;

recios labriegos, lentos y esforzados
como sus bueyes; hembras paridoras;
marinos todo sol; desmesurados

festines; melodías soñadoras;
y, en los góticos templos descarnados
y oscuros, muchedumbres rezadoras.

4

Meditación

Hay momentos que no debieran serlo:
instantes con troquel de eternidades,
que valen y se afirman por sí solos,
superiores al tiempo y al espacio.

¿Qué quedaría del vivir, sin ellos?
Retazos de un fluír deslavazado,
sin **de dónde** ni **a dónde** que les dieran
un sentido valioso para el hombre.

Jalones que, al hallarse, el ser que quiere
ser siempre va en el tiempo colocando:
objeto y concreción de una existencia:

vosotros me inspirasteis la exigencia
de ser eterno, inalterable, uno:
olvidado ya el **antes**, y sin **luego**.

5

Egolatría

Al sumirme en el sueño de mí mismo
y escuchar cómo canta en mis entrañas
esa voz con flexiones siempre extrañas,
que diríase rezo de exorcismo;

al beber de las fuentes soterrañas
que refrescan el lujuriante abismo
de mi yo, y escapar del espejismo
exterior: andamiaje de patrañas;

al poner en mi esfuerzo mi consuelo,
al bañarme en la sangre de mis venas,
al nutrirme de trozos de mi alma...

tórnase el apetito, puro anhelo;
las angustias se esfuman con las penas;
y reposa mi espíritu en la calma.

6

Omnia cooperantur in bonum (San Pablo)
...etiam peccata (San Agustín)

Señor, que sabes escribir derecho
con torcidos renglones, y trasformas
en bien, para tu gloria, de mil formas,
cuanto mal sin descanso el mundo ha hecho:

sé que cobijas bajo el mismo techo
al odio y al amor; y que, en tus Normas,
a emplear como abono te conformas
la inmundicia que brota de mi pecho.

No permitas, empero, que yo vea
los bienes de mi culpa derivados:
¡niégale ese consuelo inmerecido

al monstruo de mi orgullo; y haz que sea,
para más padecer por mis pecados,
ignorante del bien que han producido!

7

Instante que das frío y esperanza...

Instante que das frío y esperanza:
quiero que seas mío; aprisionarte
con firmeza, sacándote del tiempo;
no dejarte escapar... Intensamente
vivir en ti, ser todo yo en ti sólo...

Señor, Tú que me quieres, no permitas
que deje ese momento de ser mío
jamás; por una vez y para siempre
dámelo y, con él, fuerzas para hacerlo
eterno, sin variar, sin acabarse,
total, pleno, rotundo, simultáneo,
simple, bello en sí mismo, sin fisuras,
paréntesis, lagunas ni añadidos.

Él solo... (y, en él, ella y yo fundidos,
siempre glorificándote contentos)...

8

Al mirador

La gente por la calle se desliza ligera,
cargado cada hombre con su mundo interior;
la niebla, pudorosa, se prodiga, queriendo
velarme de las almas el íntimo temblor.

Todos andan aprisa: diríase que es tarde
para todos a una: parece que, al volver
cada esquina, esperaran ver el amor triunfante,
el negocio resuelto, la ilusión sin ayer...

Voluntades mojadas: fantasmas del orvallo:
espectros ciudadanos que pisáis sin hollar,
imprecisos e ingrávidos: ¿qué angustia os zarandea,
cual ola, en el urbano revuelo inmenso, mar?

9

Canción que sales volando...

Canción que sales volando
de mi pecho: lleva dentro
de ti, lo que quiero darles
al aire, a la luz y al cielo.

Llévale al aire mis ansias,
lleva a la luz mis deseos,
y al cielo habrás de llevarle,
canción mía, mis anhelos.

(Cuando te cante de noche,
volarás, canción, llevando
mis pensamientos más negros).

10

La vida es sueño

A Pablo Bilbao.

Estupenda mentira de la vida
¿cuánto me durarás?
¿cuántos días y noches, todavía,
me serás verdad?

¿Hasta cuándo seguiré viéndome preso
del aquí y del hoy,
y llamándoles sueños a unos sueños,
y a otros, en cambio, nó?

¿Hasta cuándo creeré, como si fueran
la única verdad,
en unas pocas cosas? ¡Si son tantas
las que quiero probar,

y tantas las que gusto y paladeo,
y me saben tan bien!
Y, pues existen para mí soñando,
¿por qué no he de creer

que son reales? ¿No es real, acaso, el gozo
que ellas me dan
—como otras me darían, si tuviera
tiempo de soñar más—?

(¡ay, mis sueños posibles, no nacidos
y que ya no tendré:
cuánto bueno guardábais para mi alma,
que yo nunca sabré!).

... ...

Portentosa mentira: mientras dures,
al menos me cabrá
el placer de gritarte así: «¡Mentira!
¡Todo — ¡nada! — es verdad!».

Pero cuando tú acabes, mi mentira
que como perro fiel,
como sombra, me sigues, como el beso
de mi madre al nacer,

y toleras callada mis caprichos,
mi incesante pedir
lo que no puedes darme, mis injurias,
mi rabioso dormir

—que es matarte, enviudar por unas horas
de ti—: tú, mi leal
mentira que, al abrirse cada día
mis ojos, allí estás;

y, al cerrarse a las noches, allí quedas,
sin que nadie de allí
moverte pueda; tú, que eres tan mía
que existes para mí,

y soy yo tu razón de ser, tu objeto,
tu norte, ¡tu señor
que ahora mismo, si quiero, puedo darte
fin!; tú, mentira atroz:

cruel y resignada al propio tiempo:
¿qué seré yo sin ti:
yo, infeliz, cuando llegue mi hora equis,
mi turno de morir?

... ...

Mentira, mi mentira: tú me guardas
dentro de una ilusión
que me es escudo y cárcel. Mientras dures,
podrá mi corazón

increparte, siquiera; mas, al cabo
de este peregrinar
de un crepúsculo a otro, ¿qué me espera?
¿cuál es mi más allá?

¿me será día o noche, sol o hielo?
¿encontraré algún ser
a sus puertas, que guíe mi caída
muerte abajo? ¿tendré

Virgilio o Beatriz...? (¡No, no es turismo
ni divina comedia
mi destino: que es salto al infinito
y es humana tragedia!).

Solo, espantado, con el alma en cueros,
veré que pesa más
un sueño que un imperio, y que más vale
el querer que el lograr:

pues queriendo merezco yo, y logrando
—nueve veces de diez—
obedezco y merece otro más fuerte
—hombre o Dios, ¡yo qué sé!—.

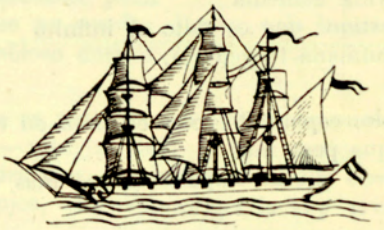
Y al alma, que hoy oculta sus vergüenzas
con la mentira y la verdad:
esas hojas de higuera que, cobarde,
no quiere abandonar:

¿de qué le servirán prudentes cálculos;
de qué, circunspección;
cuando se quiebren pesas y medidas
contra un nuevo patrón;

si un anhelo profundo, si una chispa
cordial de odio o amor,
pesarán, a la postre, más que tanta
famosa discreción?

... ...

Y hasta siempre, mi sueño: ya que, al cabo,
te volveré a encontrar
allí donde son una misma cosa
el vivir y el soñar.



IESU AURRA-REN BIZITZA

ERESIDUN AUR-POEMATXOA, BOST KANTETAN

(Jarraipena)

Trakatan, trakatan, izarra berriz
len bezain argi ta diztizari,
trakatan, trakatan, Belen'era arte
bideko pozkille ta gidari.

Etxe baten gañean
izarra gelditu...
Etxearen ttattarrak
ta ango ez ta bearrak
nola ez arritu?

Barruan Maria ta
Aur maitagarria;
irurok auspezturik
ta kutxak zabaldurik
eskeñi berria.

Beltxor'ek urre gorri;
Kaxpar'ek kekiña;
Aurrak Baldaxar'ena
onetsi du geiena:
mir-ale min-miña.

Trakatan, trakatan, iru Errege
trakatan, trakatan, Sorkaldera,
Iesu jaio dala ume guztiai
trakatan, trakatan esatera.

Iesu jaio dala ume guztiai
trakatan, trakatan, esatera;
ta txintxo diranai zapatatxuan
jostallu politak ematera

IV kantua

Deia

Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten,
pekatariak beti gogoan eduki dezaten;
pekatariak beti gogoan eduki dezaten,
Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten.

Ta auxe laugarren:
Nola Ejipto'ra igesi zuten.

Zeruetako Santu guztiai diegu eskatzen
lagun gaitzaten
ondo kantatzen.

Ejipto'ra

Arre, arre, astotxoa, arre, arre, kon-kon!
Arre, arre, Ejipto'ra bear degu jon jon...
Atzetik gizon gaiztoak
zorrotzik beren aiztoak...

Arre, arre, astotxoa, arre, arre, kon-kon!
Traka, traka, axkar, axkar bear degu jon jon...
Umetxoen garraisiak
bai estu eta larriak!

Arre, arre, astotxoa, arre, arre, kon-kon!
Traka, traka, bixi-bixi, bear degu jon jon...
Ama gaxoen negarrak
aizkatu ditu baztarrak.

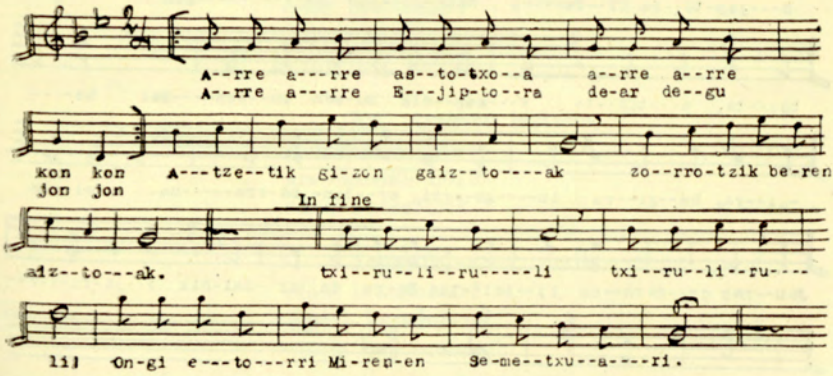
... ...

Bidean ereille bat...
—Aizazu, gizon:
Ejipto'ra bidea
nundikan dagon?

—Atozte, atozte;
emendik zuzen-zuzena...
begira, begira,
lurgorri ortan barrena...
Goiko Jaunak ordaindu bizaitza...
—Bera da ordakiñ oparoena.

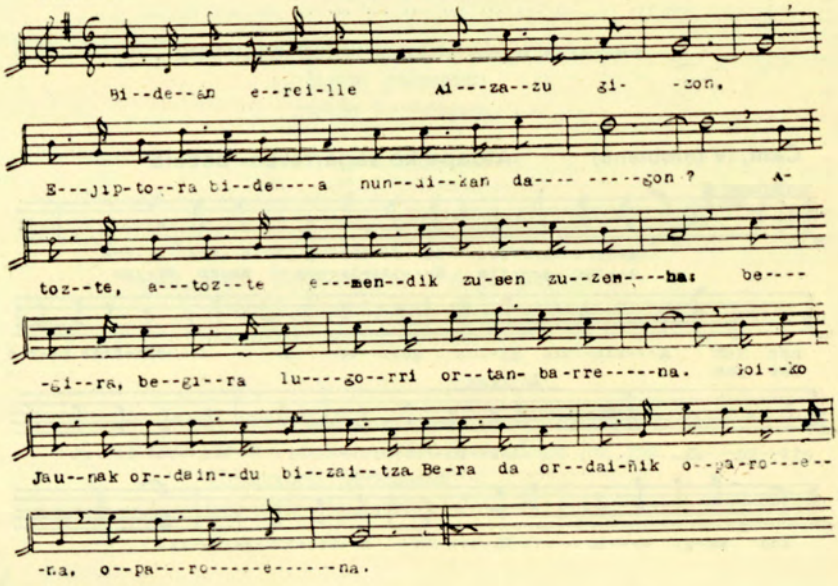
... ...

Cant. IV (ambiens) **«Aldape'ko sagarraren» bezela**



Arre, arre, astotxoa, arre, arre, kon-kon!
Traka, traka, Ejipto'ra bear degu jon jon...
Atzetik gizon gaiztoak
zorrotzik beren aiztoak.
... ...
Bideko ereillea
orra segari;
orain erein azia
du gari gorri...
—Gizon, gizon:
igaro dan emendikan
aur txiki batekin
gaur senar-emazterikan?
—Bai... ni ereiten ari nintzala...
—Ene!... Guazen etorri-bidetikan.
... ...
Arre, arre, astotxoa, arre, arre, kon-kon!
Traka, traka, Ejipto'ra bear degu jon jon...
Txoriak goian kantari,
txiruliru-li, txiruliru-li...
ongietorri Mirem'en Semetxoari.

Cant. IV **«Mari Domingi» bezela**



Deia

Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten,
pekatariak beti gogoan eduki dezaten;
pekatariak beti gogoan eduki dezaten,
Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten.

Ta auxe boskarren:
Aurtxoa nola zan jostatutzen.

Zeruetako Santu guztiai diegu eskatzen
lagun gaitzaten
ondo kantatzen.

Gurutzea

—«Nun dago, Amandrea,
berorren Semea,
zerutik iatsiriko
geure mesedea?».

—«Or goiko munatxuan
oñez ortotsean,
keriz emoten deutson
arantza-ganean».

... ...

—Zegaitik zagoz, maite,
oñez ortotsean?
Eutzo zapatatxuok;
yantzizuz soñean.

—Ez, Amatxu laztana,
ez zapatatxurik;
are ikusiko nozu
oñok untzaturik...

—Zegaitik zagoz, maite,
olan, burutsean?
Eutzo kapelatxua;
yantz buru-ganean.

—Ez, Amatxu laztana,
ez kapelatxurik;
are ikusiko nozu
arantzaz yosirik...

Zertako dozuz, maite,
egur latz bi orreik
Eutsizuz yostalluok,
yostallutxu oneik.

—Ez, Amatxu laztana,
ez yostallutxurik;
are ikusiko nozu
kurutz baten illik...

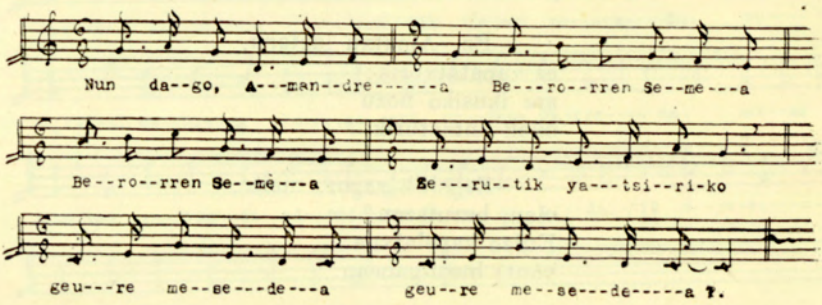
... ...

Egur areikaz Iesu'k
kurutz bat egin-dau...
Mirem'ek ikusirik
biotzean min-dau.

—«Nun dagon, Amandrea,
zerorren Semea,
zerutik yatsiriko
geure Mesedea?».

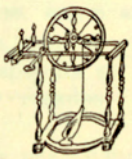
—«Or goiko munatxuan»
billuts-billutsean,
arantz ta untzez yosirik
ILLIK KURUTZEAN.

Cant. V **Lekeitio'ko «Nun dago, Amandrea» bezela**



Deia

Orra Iesu'ren bizitza kanta bertso berrietan
entzun dezaten pekatariak Euskalerrietan;
pekatariak entzun dezaten Euskalerrietan,
orra Iesu'ren bizitza kanta bertso berrietan.
Aintza Berari
zeru goietan.



MARIANO CIRIQUIAIN-GAIZTARRO

El pez que hubiera querido ser niño

(CUENTO)

Era un pez pequeñito. Había nacido entre las peñas de la playa, en la pleamar de la luna de abril. Pero el pobre no estaba contento con su suerte. El hubiera querido ser niño, tener piernas y manos, y jugar con un balde y un rastrillo sobre la arena fina de la bajamar. Miraba a la playa y lloraba viendo jugar a los niños.

—¡Que yo no quiero ser pez! ¡que quiero ser niño! —gemía, moviendo inquieto las aletas, como si tratara de sacar por ellas, unas piernas y unos brazos ocultos.

—No seas tonto —le respondía su mamá, que era una panchita con unos lomos grandes y rosados, que movía con elegancia de minué.

—¡Que yo no quiero ser pez!, ¡que quiero ser niño!, —repetía, sin dejarse convencer, entre sollozos. Y se le escapaban unas lagrimitas que subían a flor de agua, igual que si fueran globitos de cristal.

Sus hermanos y sus primos, nacidos en la misma pleamar de abril, se le reían moviendo las aletas de la barbilla.

—Qué tonto es este pariente nuestro, —murmuraban—. Lo mismo se le podía haber ocurrido decir que quería ser bañero, y estar todo el día vestido con unos pantalones aceitados.

Pero no; él no quería ser bañero, sino niño, niño precisamente.

Hasta los pulpos se le mofaban, dejando caer los ojos como si fueran unas bolsas colgantes.

—Si hubieras sido niño —le decían, para asustarlo—, te hubiéramos cogido por los tobillos, cuando hubieras entrado en el agua, a bañarte.

Mas no le inquietaba la amenaza. El quería ser niño, salir a

la playa y jugar con la arena, haciendo canales y castillos que luego deshicieran las olas.

Le parecía muy triste y húmeda la vida en el fondo del mar. No se resignaba a estar siempre moviendo la cola, junto al verdín de las peñas, sin poder sentarse nunca ni comer barquillos. Además, le horrorizaba pensar que un día, se vería forzado a subir todas las capas de agua en una ascensión angustiosa, con un anzuelo clavado dentro de la boca. Por eso, jamás comía gusanos ni miguitas. Temía que estuviera dentro el anzuelo. Y se alimentaba únicamente de algas, que no le gustaban.

Tampoco le distraía nada el chupar el morrito a los demás peces, que era a lo único a que sabían jugar sus hermanos y sus primos. Prefería montarse en una ola y acercarse a la orilla, para ver jugar a los niños en la playa, a pesar de que su madre se lo tenía prohibido.

—¿Dónde está vuestro hermano? —preguntaba alarmada a los otros hijos, al notar su falta entre las peñas.

—Se habrá ido a la playa.

—Está neurasténico, —decía algún pancho, un poco mayor.

—Ese hijo me va a matar a disgustos —se lamentaba su madre, y nadaba veloz hacia la playa. Cuando se lo encontraba, le hacía serias reflexiones que el hijo oía impasible, y lo hacía volver con ella, a las grutas tapizadas de algas y de conchas.

Pero a la mañana siguiente se volvía a escapar. Mas un día, entre los días, se acercó tanto a la orilla, que se quedó aislado en un pozo que seguramente habrían hecho sus amigos los niños. Las olas siguientes fueron más cortas que la que lo había llevado al pozo, y quedó separado del mar. El pobre pez pasó un mal rato. Al principio creyó que alguna ola caritativa vendría a recogerlo. Pero no fué así. La marea estaba en plena vaciante, y las aguas se iban alejando, haciendo mayor la faja de arena que los separaba.

El pobre panchito se resignó a su suerte. Pensó en su madre y en sus hermanos, a los que no volvería a ver, pero le alivió la pena, la proximidad de los niños.

No tardó en acercársele uno. Era una nena de seis años, con un traje de baño rojo y una capota blanca, que venía con un balde a recoger agua en el pozo. Al pez le latía el corazón febrilmente. Por fin iba a trabar amistad con los niños. El sueño de toda su vida. La nena se arrodilló en la arena y metió el balde en el agua. De pronto dió un grito de guacamayo.

—¡Un pez! ¡Un pez! Hay un pez en el pozo. ¡Luisito! ¡Martita! ¡Venir, que tenemos un pez!

Dejó el balde en el agua y salió corriendo, llenando el aire de peces.

Al poco rato, un enjambre de niños cercaba el pozo. Docenas, cientos de cabezas tostadas y de voces chillonas hablaban y miraban al pez. Salían las cabezas y las voces, entre piernas, bajo los brazos y sobre ellos, por las cinturas. Parecía que todas las cabezas de la playa se habían aprisionado en un puño El pobre pez se revolvía, cada vez más asustado, en el pozo.

Discutían los niños la manera de cogerlo. Alguno propuso el ir a su casa, a buscar una caña de pescar de su papá. Y, antes de que terminara la frase, varias docenas de chicos, salieron corriendo a por las cañas. Pero el número de cabezas que cercaba el pozo, haciendo de brocal, no disminuyó.

Un niño, más atrevido que los demás, metió la mano en el agua, tratando de atrapar el pez que se le escurrió entre los dedos. Perdido el temor primero, docenas de manos perseguían al pancho, sin lograr cogerlo. La arena, en cambio, se iba tragando el agua del pozo que iba a quedar seco de un momento a otro, dejando al pez saltando en la playa. Pero la niña del trajecito rojo y la capota blanca, que había hecho el descubrimiento, metió el balde en el agua, y lo cogió.

Un grito de triunfo se escapó de todas las gargantas.

—¡Ya está!, ¡ya está! —clamaron a una, cien voces jubilosas.

—¡Es nuestro!, ¡es nuestro!

—¡Hemos pescado un pez, mamá!

—¡Un pez, un pez!

—Tenemos un pez; un pez vivo —gritaban con entusiasmo incontenible.

Entretanto, el pobre pez se agitaba inquieto y asustadizo en el balde de la niña del traje rojo y la capotita blanca. Cientos de ojos lo miraban desorbitados; cientos de manos trataban de acariciarlo, maternales, como si fuera un perrito de lanas o un pichón. Una niña, compadecida de la frialdad metálica del balde, ofreció el calor del bolsillo de su vestidito, para guardar el pez. Precisamente era un bolsillo grande, con unos salmones estampados.

—No, no; en el bolsillo no, que a lo mejor se muere —contestaron varios a una.

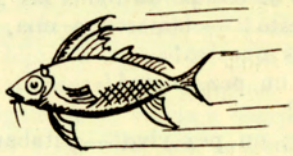
—Lo que necesita es agua, mucha agua —afirmó otro.

Y cientos de chicos salieron corriendo con sus baldes, a traer agua; unos, a la orilla; otros, a una fuente próxima; alguno que otro fué también al cuarto de baño de su casa, para traerla caliente.

Al panchito tuvo que parecerle su nueva vida, un regalo. Jamás pez alguno del mar ni de los ríos fué tan mimado que él. Le reno-

vaban el agua cada dos minutos; le cambiaban de balde, cada cinco; constantemente le echaban miguitas de pan, trocitos de barquillo, pizquitas de tortilla, dulces, algas de todos los tamaños... Pero como no estaba acostumbrado a tanto mimo, se murió, el pobre, aquella misma mañana.

Quizá al morir, en su delirio último, pensó que lo que él hubiera querido ser era niño, niño precisamente; y no pez mimado por los niños.



ALARABIE, JIGANTIA ETA GIZON JATALLIAN IPUÑE

Sekendishoko mendishen, Markiñeko lurraldien bizi zan gizon bat, gizon jallie, Alarabie esaten jakona. Anka-bakarra ta begi-bakarra zan, eurishe zanien bere oñaz estaltzen zan. Artzañe ta artaldi aundishan jabe. Kobau baten bizi zan eta kobauan atetzat arri aundi bat euken.

Inguruko billurgarrishe zan Alarabie gizon jallie zalako. Bein gizon erbesteko batek Sekendishoko mendittik joyela aurkittu eban Alarabie ardi zañen. Erbestekuek, gizon aiñ aundi ta ichurabakue ikusirik, billurtuta geratu zan. Alarabiek ikusi-ebanien gizona besuaz «onako» bat egin eutsen bere ondora juteko. Iker-ikera eldu zan gizona Alarabiegana. Onek agindu eutsen ardi batzen eta echera eruaten laguntzeko, gero alkarregaz apalduko ebela ta. Alanche egin-eben.

Sartu zittuen ardishek kobauen, ichi eban Alarabiek atie arri aundishaz eta asi zan aparishe gertetan. Ene! erbestekuen ikerie, ikusi-ebanien Alarabiek gizon ankie burduntzi-shen sartu ta sugañien ipiñi ebala erretan!

Orduen esan eban beretzat: «onek gizaragixe jaten dau ta ziur neu-be ilgo-nau». Alarabiek ostera beutsen anka-erretiai, eta beiñ erre-ebanien atera-eban maire eta burduntzi-she kendute asi zan setsen. Erbestekue zaiñ euen: eta Alarabie albora begire euen baten, artu eban burduntzishe ta chimistan sartu-eutsen begi bakarretik eta bizkor sartu zan artaldishen. An ebillen Alarabie ichutute miñez eta amorruz garrasi baten, jo batera ta jo bestera erbestekue atrapau naishen, baña ezin-eban. «Arraishuoi! Atrapauko aut ba» esan-da. Alarabiek zabaldu-eban atia. Ardishek asi ziren banan banan, oi eben lez, urtetan eta Alarabiek atien jarritte ertze zittun banan-banan eta jaurtze-zittun kanpora.

Jakin-ebanien erbestekuak Alarabian asmo okerra, pentsau-eban ardi narruzjastie: eta kobauen esegi-tte ainbat ardi narru euen lez,

laster ardi narruz estaldu zan. Gero sartu zan ardishen erreskadan eta lau oñian eldu zan ateraño.

Alarabiek charrik susmau barik artu-eban gizona ta ardishe zalakuan jaurti eban kanpora.

Orraitto bote ta bertatik konturatu zan ardishek bañe astunaue zala ta esan eban: «Oinche galdu nok, oishe izan dok neure arerishue». Desesperaute, sartu zan kobauen. Erbestekuek artu eutsezan ardi guztishek eta Alarabie gozez kobauen il zan.

EULISKI JIGANTIE

Anchiñe Markiñen gizon aundishek ei-ziren, batez-be bat Euliski erichona, ta Shemein-gañien bizi zana. Diñuenez, Euliski egarri zanien anka bat Oizen eta bestie Maxen ipiñitte ichasuen ure edate-eban.

Euliski (bere izenak diñuenez) euli-atrapatzallie zan. Beiñ oi eban lez, ur edatera joyela, ikusi eban Debako ichasaldien balzunechu bat **(algo negro)** eta elchon **(mosquito)** bat zalakuen —Jesus baten— iruntsi eban... chalupa aundi bat gizon da guzti. Euliskik zelako burue euken ondo agiride, burue Shemeingo Elisha-ko ormonduan etsun-de goiko bentanatik begi bataz abadie ikuste ebalako mesik entzun gure banien.

Beste beiñ Markiñeko arotzak **(carpinteros)** aitz tantai aundi bat bota eben gabi ardatsa eitteko eta Euliskik gau aretan lotan euela iruntsi eban gabi ardats-geishe eulishe zelakuen.

Urrengo egunien arotzak jun ziren tantaishe ekartera baño soruanak egiñ arren, etzan iñun agiri. Jo eben gero Euliskiñe, onek zure nun euen ete zekishen jakittera; Euliskik besteik etzekishen gauzaren bat lotan eulishe zalakuan iruntsi ebala baño. Au entzun ebanien susmau eben arotzak bizer artien eukiko ebala tantaishe ta jun ziren Markiña-ko-doñak ekartera Euliski bizerra ebateko. Iserdiz zieta busti arte jardun arren araso onetan eta ogetamar karabishentzat erregarrishe bizerretan ebagi arren ezeutsen topau aitz tantaishe. Ordun esan eban Euliskik: «ichiresuk mutillak apur baten, prakak erastera najoyek eta etorri zaitheze bisher; bier bada...».

Alanche egin eben arotzak eta urrengo egunien topau eban gabi-ardats-geishe, Euliskik eulishe zalakuen iruntsi ebana.

Markiñarrak burruka gogorra beste erri batzugaz euken. Markiñarrak zintzo jo arren, arerishuek asko zirelako edo, estu ta larri aurkitzen ziren. Egun baten jakin eben koluna osue Oisen zier etorrela Markiñeruntz; eta zer egin etsekishela, badoyez ariñ-aringe

goiko metala Euliski-ri esatera len-bai-len atera eishezela egoera larri aretatik, berak jasoalako saku urrie emongo eutsela ta. —«Ez billurt, mutillak», diño Euliskik, «laster egingo juagu orrena».

Oinkada chiki bataz eldu zan Iderra, jan zittun an inguruen euezen okaranak azur da guzti, ta andik ordu batera, arerishuen koluna agertu zanien Erdotsaldien, artu eban Euliskik arnasa luze bat eta ara non urtetan daben beragandik segiduen eta bat-batera ashe bolada ikeragarri batek okaran asurrekin nastien, eta arerisko guztishek, orbel igerrak ego indartsuaz lez, etorri ziren baño ariñago surrumilluen jun ziren Oiz-en sier aruts... eztakigu noraño.

Markiñarrak posez birlaraute, Euliskii berie emon bijakola ta, idi narru bi alkar jositte ein eben saku andi bat eta urrez beteta emo eutsen Euliskiri. Onek atsamar bata-z jaso eban urre sakue ta geishago eskatu barik jun zan goiko metala.

OARRA.—Ipui ta edeski auek William Rollo eskozitar euskaltzaleak ain buruzki edestuak eta ain iaioki bilduak Markiña aldean. Etnografia'ri buruz garrantzi aundikoak izatez gañera eder kutsuz apainduta daude.

Gisa ontako ipuiak atsegiñez argitalduko ditugu naiz agertugabeak, naiz ipui beraren aldakuntzak, jatorriz duten xeetasunez idatziak izatekotan.

G A B R I E L C E L A Y A

VEINTE AÑOS DE POESIA

La poesía española contemporánea se desenvuelve en circunstancias sumamente curiosas. Por una parte, ha alcanzado en conjunto una calidad que la pone por encima de cuanto se ha hecho en el campo de la novela y del teatro; por otra parte, el público nunca ha prestado tan poca atención a la poesía de su tiempo como durante estos últimos decenios. De ahí que mientras los títulos de libros y revistas dignos de interés se multiplican infatigablemente, se observe que estos títulos no sobrepasan una tirada de 400 ó 500 ejemplares.

Establecer juicios de valor sobre obras que están todavía tan cerca nuestro, sería arriesgado; agrupar en escuelas a autores que se mantienen en plena actividad, prematuro. No obstante, el lector curioso y un poco desorientado, tanto por el número de nombres nuevos como por la dificultad de procurarse los libros que por una u otra razón han despertado su curiosidad, agradecerá un esquema de las direcciones que ha seguido nuestra poesía en el curso de los últimos veinte años y sabrá disculparme si ciertas simplificaciones, obligadas por la brevedad de este ensayo, resultan deficientes o injustas para ciertos autores. Mi intención no es establecer un catálogo de éstos, ni siquiera nombrar a los más valiosos, sino, fundamentalmente, señalar las tendencias más acusadas de la lírica reciente.

A principios de siglo, la gran figura de Rubén Darío y el llamado «modernismo», que él llevaba como un halo y mantenía luciente con la fuerza de su personalidad, reinaban en España. Más tarde, ese «ultraísmo», al que aún no se ha hecho justicia, recogió en Europa las preocupaciones universales de su tiempo e infundió en nuestra lírica una savia fresca. Peró allá por los años 1925-1930, cuando mi generación amanecía, junto al recuerdo difuso y anónimo del «ultraísmo», dos nombres gravitaban sobre nosotros: El de Juan Ramón Jiménez, que arrancando del «modernismo», había llegado a

una poesía desnuda del mejor estilo, y el de Antonio Machado, que nos descubría una poesía humanísima, bien enraizada en nuestra tierra sustancial, y difícilmente sencilla.

Junto a ellos, las influencias francesas eran manifiestas y, en cierto modo, contradictorias entre sí, ya que aun partiendo todas de Baudelaire, llevaban por un lado con Mallarmé-Valery a la poesía pura, y por otro, con Rimbaud y el surrealismo a un neo-romanticismo. Si la primera tendencia se resolvía en un hermetismo y un gusto de la perfección y la «obra bien hecha» que empujaba a una especie de clasicismo, la otra convertía la poesía «en algo así como un medio irregular de conocimiento metafísico» y creía encontrar en la metáfora un lenguaje sin traducción posible que, más allá de toda explicación, abría iluminaciones últimas y trascendentes de carácter intuitivo. El psicoanálisis que por aquellos años se hallaba en boga prestaba una armazón teórica a la loca y estupenda pretensión de que el poeta se convirtiera en un vidente, como había exigido Rimbaud.

Si el centenario de Góngora, que se celebró el año 1928, alcanzó tanta resonancia, fué porque en él se conjugaban ambas tendencias: La de una poesía mágica —acreditada por la profusión y el brillo de sus imágenes— y la de una poesía sabia y, en último extremo, clásica. Había pues en su consagración algo contradictorio, cuyo pleno alcance empezó a ponerse de manifiesto seis u ocho años más tarde, cuando el centenario de Herrera (1934) prestó alas a los promotores avanzados del neoclasicismo garcilasista, y el de Becquer (1936) se convirtió en enseña de un declarado neo-romanticismo.

La difusión creciente de este neo-romanticismo en los años 1928-1936 es perfectamente comprensible y está dentro de la línea de desarrollo de toda la poesía europea. En efecto, a pesar de ciertas reacciones —como la parnasiana—, y a pesar de que a principios de nuestro siglo se dió por caducado el romanticismo, su corriente seguía penetrándonos y, en formas unas veces declaradas y otras encubiertas, seguía siendo el verdadero motor de la actividad poética. Todos los «ismos», quisiéranlo o no, fueron románticos, o tan románticamente anti-románticos como el «futurismo». «El surrealismo», último de ellos, con su automatismo (nuevo nombre de la inspiración), su defensa de la «belleza convulsiva», sus pathos de lo monstruoso y su debilidad ante lo maravilloso, recogía de hecho las más puras consecuencias del librelirismo romántico. Para lograr la apertura de ese mundo no racional, no comprensible, y más que literario, ya que en tal apertura se veía una especie de nuevo medio de conocimiento, había una llave maestra: la imagen. Y el culto o cultivo de la imagen que había sido ya proclamado en España por

el «ultraísmo» y el «creacionismo» encontró una especie de justificación en la obra de Góngora.

El que se hiciera de Góngora un predecesor de esa especie de metafísica poética o metapoesía que ve en la imagen una revelación porque es algo que no tiene un sentido que se pueda formular de otro modo que con la imagen misma, implica una confusión y un abuso. Entre la imagen gongorina, que no es sino el adorno con que se visten conceptos, y la imagen de los que pretenden intuir una realidad sobre-racional en ella, no hay nada de común. Las «Soledades» y el «Polifemo» son sin duda difíciles pero pueden explicarse hasta en su último detalle, y esa otra poesía no, porque apunta precisamente a lo inexplicable, a lo que se puede adivinar pero no comprender. Bajo las metáforas de Góngora se hallan siempre las realidades inmediatas o las ideas que aquéllas decoran y aunque lo hagan con una abundancia que en ciertos momentos produce la ilusión de que la referencia al primer término se ha perdido, no hay tal. Su imagen no pasa de eufemismo, expresión alquitarada o adorno barroco. Nunca es propiamente mágica.

Por eso, la influencia propiamente dicha de Góngora fué más estrepitosa que duradera. Su poesía, como toda la del barroco, no sólo no respondía a la más honda exigencia del momento, sino que además, enmascarándola, la negaba. Lo que en realidad afloraba aquellos años era un neo-romanticismo, manifiesto ya en el cultivo de las formas populares nacionales (recuérdense por ejemplo los primeros libros de Alberti: «Marinero en tierra», «La amante», «El alba del alhelí»; y los de García Lorca: «Canciones», «Romancero gitano», «Poema del cante jondo»), ya, con ambición más vasta, aunque quizá no tan profunda, en esa poesía iluminada que nos da cinco obras a cual más extraordinarias y significativas: «Sobre los ángeles» y «Poeta en Nueva York», de los citados Alberti y García Lorca; «La destrucción o el amor» de Vicente Aleixandre; «La realidad y el deseo» (en especial la parte de este volumen titulada «Invocaciones»), de Cernuda; y «Residencia en la tierra» de Pablo Neruda que, a pesar de ser de nacionalidad chilena, entra y se afirma con ese libro en la poesía española.

Aún estaba lejano el centenario de Becquer cuando ya Alberti evocaba al «huésped de las nieblas» y los libros de poesía más representativos anunciaban una secreta simpatía por lo becqueriano que, al margen de ciertos sentimentalismos caducados, recogía su verdadero mensaje: El de la poesía mágica.

Becquer encarna, en efecto, lo más profundo y lo más puro del romanticismo: La rima alada, espontánea y popular; el sentido de la videncia («escribo como el que copia una página ya escrita»);

el verdadero lenguaje lírico («Ideas sin palabras—palabras sin sentido»); la posibilidad de una poesía trascendente o metapoesía puesto que el artista es «la ignota escala— que el cielo una a la tierra»; y, resumiéndolo todo, esa clara distinción entre «una poesía hija de la meditación y el arte que se engalana con todas las pompas de la lengua» y otra, intuitiva, «que brota del alma como una chispa eléctrica» y, «desnuda de artificio», «toca las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía».

Por este pseudo-misticismo de lo inconsciente podía revivirse a Becquer, como se le revivió en efecto el año 1936. Pero junto a ese vasto e invasor movimiento neo-romántico, cuyo órgano más destacado fué la revista «Caballo verde», que se proclamaba en favor de una «poesía sin pureza», se advertía ya, antes de 1936, la necesidad de reintegrar el poema en una forma cerrada y rigurosa que lo salvara de las dispersiones torrenciales, y a menudo blandas, en que se desdibujaba y perdía. Así veremos a Gerardo Diego combatido por una doble exigencia que le lleva alternativa y desesperadamente del poema creacionista al neo-clásico, y de éste a aquél. Así muchos de los poetas más declaradamente «mágicos» volverán una y otra vez al soneto, que pese a la influencia dominante de las formas salmódicas, populares y libreliristas, nunca dejará de disfrutar de cierta vigencia. Así veremos nacer libros tan netamente pre-garcilasesco como «Abril» (de Luis Rosales) y «Sonetos amorosos» (de Germán Bleiberg). Así Jorge Guillén, fiel a su poesía pura, con un prurito esencialmente clásico de la perfección, que se opone a todas las espontaneidades inspiradas y los derramamientos románticos, publica en 1936 una segunda edición de «Cántico», reajustando la primera, incorporando sus nuevos poemas al esquema inicial, corrigiéndose y afirmando su voluntad de cifrarse en un libro, en un solo libro que sea El Libro, la obra justa y colmada hecha de una vez para siempre.

Si exceptuamos la obra extraordinaria de Jorge Guillén, esta tendencia no tenía verdadera importancia antes de 1936. Pero corría soterrada y estaba llamada a imponerse en un cierto momento. En efecto, tras la conmoción de los años 1936-1939, no sólo habían desaparecido de nuestro país los poetas que hasta entonces se habían destacado, sino que además, la circunstancia política convidaba a ensayar un clasicismo rabiosamente hispánico. Y, al conjuro de esta demanda, los ensayos formalistas que se habían hecho antes de 1936 adquirieron una nueva significación. Dionisio Ridruejo comenzó a fabricar, casi en serie, poemas de apariencia perfecta. La revista «Garcilaso» prestó cauce a un movimiento que multiplicaba de un modo casi automático, sonetos tan bien construídos como

faltos de verdadero aliento y de honda sustancia humana. Lo que se había tomado por saludable rigor abocaba en un preciosismo cada día más huero; y el llamado clasicismo en un «pastichismo» de la peor especie.

La contención que nuestra poesía precisaba sin duda para salvarse del retoricismo romántico, declamatorio y falso, que muchas veces mentía o simulaba mensajes metapoéticos con evidente histrionismo, no podía consistir en la imposición meramente formal de unas rimas y unos metros, tan fáciles de imitar como difíciles de revivir. Y el hastío y la mentira que se desprendían de intentos tan artificiales fueron haciéndose tan evidentes que a partir de 1945-1946, la reacción contra el «garcilasismo» se hizo manifiesta y general. Pero si el «garcilasismo» nunca tuvo entraña ni verdadera calidad, logró una difusión que no hubiera sido posible, pese a influencias extrañas a las del movimiento poético propiamente dicho, si no hubiera respondido a cierta necesidad.

Hoy, en franca y saludable reacción contra el decir bonito y vacío del garcilasismo, se busca una poesía sustancialmente humana, cargada de verdades bien sentidas, y escrita en un lenguaje vivaz e hiriente. Se vuelve al verso irregular e incluso a los versículos; se vuelven a buscar las imágenes que no se explican pero algo dicen; se siente tal horror por las falsedades que el «tremendismo» se resuelve en una especie de poesía antipoética. Pero ya nadie escribe a ciegas, como el surrealismo recomendaba; ya nadie cultiva la imagen por la imagen, haciendo de la poesía una maravillosa y divertida caja de sorpresas; ya nadie toma a juego su existencia ni cree ingenioso «epater le bourgeois». El ambiente catastrófico que se respira en Europa ha llegado hasta España. Hemos podido salvarnos de la guerra mundial pero no de sus consecuencias. Y el rigor que imponen las dificultades de la hora actual y el peligro en que se halla nuestro ser mismo de hombres prohiben toda clase de juegos irresponsables e imponen a nuestros poetas unas contenciones mucho más reales y más profundas que las del mero formalismo retórico garcilasista. Nuestros poetas, que no en vano son poetas (es decir, vates o profetas) han registrado ese peligro. Ante él han respondido, como yo creo que debe responderse, con una poesía directamente atenida a lo que en nosotros hay de más elemental y dolorosamente humano. Y en esta hora, que bien merece el título de «la hora de la verdad», dos sombras les asisten: La de Don Miguel de Unamuno y la de Antonio Machado. Porque los dos, buenos o malos, fueron poetas de verdad. Y serlo de verdad es lo que, en definitiva, importa.

PUBLICACIONES

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA

DE AMIGOS DEL PAIS

MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE MUNIVE, CONDE DE PEÑAFLORIDA por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR, por M. Ciriquiain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA, por José María de Areilza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TELMO, por Gonzalo Manso de Zúñiga y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE, por Ignacio de Urquijo.

REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.
Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.
Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN y EGAN: 50 Ptas.

Redacción y Administración: Museo de San Telmo
SAN SEBASTIAN

ESCELICER, S. L.
SAN SEBASTIAN